

nado, y así, en tan singular disposición, con el cabello trenzado en parte y á trozos suelto, salió de la estancia, tomó una espada, embrazó su escudo y puesta con heroica resolución á la cabeza de la guardia del palacio, apagó como por vía de encanto el alboroto que pocos momentos antes amagaba enseñorearse por completo de la ciudad. Concluida su hazaña, Semíramis regresó á su palacio y volvió á ponerse tranquilamente en manos de sus camareras para que terminasen su tocado.

En conmemoración de este suceso erigióse una estatua colosal de bronce en una de las plazas de Babilonia, representando á Semíramis vibrando una espada y con los cabellos sueltos y esparcidos al viento por un lado y arreglados por el opuesto con suma delicadeza.

De su claro ingenio nos dan hartos indicios algunas de sus improvisadas respuestas en los negocios mas áridos de estado. En su expedición contra las Indias salió al paso un embajador del rey contra quien movía la guerra á inquirir la causa de ella ó la razón que la movía á invadir los dominios de quien en nada la había ofendido. Semíramis no se detuvo á reflexionar lo que debía responder y dijo de improviso al enviado estas solas palabras: «Decid al rey vuestro amo, que yo misma voy á llevarle inmediatamente la contestación. Y con efecto, diósele poco después con una terrible batalla que le ganó como había ganado tantas otras.

Pero estaba escrito que allí en las Indias había de terminar su carrera victoriosa. Deshecha mas tarde su hueste en una segunda jornada, sacó dos heridas en la refriega y fué preciso dar la vuelta á sus estados.

Hasta en la desgracia mostró las grandes dotes de su talento y su prevision sabia para las cosas de gobierno. Cuando hizo la campaña de Etiopia, visitó el templo de Júpiter Ammon y preguntó al oráculo cuándo y cuál sería el fin de sus días. «Morirás, la dijo cuando tu hijo arme celadas contra su madre; pero en cambio después de tu muerte rendirán honores divinos.»

Preocupada con el recuerdo de esta respuesta, regresaba á Babilonia después de la batalla perdida, cuando la salieron al encuentro algunos de sus vasallos para participarle que su hijo Nimias, aprovechando su ausencia conspiraba para suplantarla en el trono. Semejante revelación hirió en lo vivo su corazón de madre, pero como sagaz política comprendió desde luego que en la presente conjuntura una guerra civil de tal especie podría ocasionar la caída del poderoso imperio babilónico.

Despidió pues, tranquilamente á los leales mensajeros sin darles instrucción alguna y en el discurso de su marcha, desapareció furtivamente de entre sus tropas, sin que volviera á saberse jamás cual fué su destino verdadero. Los Asirios todos sabían la respuesta del oráculo y al ver que había desaparecido tan misteriosamente su reina, supusieron que se había elevado al cielo en forma de paloma bajo la cual la rindieron adoración.

Cuando ocurrió el suceso de su desaparición contaba ya sesenta y dos años de edad, habiendo reinado cuarenta y dos.

Fuó grande durante su vida y se sacrificó con abnegación singular cuando al ver eclipsada la estrella de su fortuna, temió que su desgracia pudiera acarrear también la de su pue-

blo elevado á tanto esplendor por los esfuerzos inauditos de su cabeza y de su brazo.

Hablando Plutarco del talento de esta mujer extraordinaria, dice que dejó escritas, á fin de que se esculpieran en la tumba que había de erigirse á su memoria las siguientes palabras: *El rey que tenga necesidad de dinero, derribe esta sepultura y encontrará cuanto anhelare.*

Así permaneció intacta largo tiempo hasta que el conquistador Darío, llevado de su codicia, derribó aquel mausoleo en el que en vez del anhelado tesoro, no encontró mas que otra escritura que decía:

¡Si no fueras malo y avaro de riquezas, no profanarías las sepulturas, removiendo los huesos de los difuntos!

Jerónimo Moran.

POESÍA.

Yo subí: con tus alas protectoras
volaron mi arrogancia y mi osadía:
mezquino espacio á mi ambición gigante
el orbe parecía.

Yo bajé del abismo á lo profundo,
rodé por tus esfuerzos empujado
y me ví del pariente escarnecido,
del amigo olvidado.

Al subir no juzgué con loco orgullo
eternos para mí tantos favores;
al bajar no incliné mi altiva frente
ni lloré tus rigores.

Basta á mi pecho la profunda calma
que jamás alteró mudanza alguna.
Ruede en buen hora tu voluble carro...
¿Qué me importa, Fortuna?

LUIS GARCÍA DE LUNA

Mayo 7, 1867.

EL HOMBRE DE LA PIEL DE OSO.

Habíase un jóven alistado en las banderas del ejército conduciéndose con mucho valor, siempre avanzando en el puesto donde las balas silvaban con mas furia. Todo marchó perfectamente durante la guerra, mas así que las paces fueron firmadas el soldado recibió su licencia y su capitán al entregársela le dijo que estaba ya libre para marchar donde quisiera. No teniendo casa propia porque sus padres habían muerto, se vió en la necesidad de suplicar á sus hermanos que le recibieran en la suya, hasta que la guerra se encendiera de nuevo; pero aquellos hermanos tenían el corazón duro y le respondieron que nada podían hacer por él, que no serviría para maldita de Dios la cosa, y que podía irse á ganar la vida por donde mejor le pareciera. El pobre mozo no tenía mas hacienda que su fusil, echóle pues sobre la espalda y emprendió su marcha á la ventura.

Habiendo llegado á una estensa llanura donde no se veía mas que un grupo de árboles, sentóse á la sombra de ellos y se puso á recapacitar sobre su propia suerte. «No tengo dinero, decía el cuitado; no sé mas oficio que el de la guerra y ahora que acaba de firmarse la paz no sirvo para ganarme la vida: no tengo mas remedio que morir de hambre.»

A este punto llegaba de sus cavilaciones cuando percibió cierto ruido extraño y alzando la vista, se encontró cara á cara con un desconocido, vestido completamente de verde, con atavíos riquísimos, mas con patas de caballo en lugar de piernas humanas.

—Sé que lo que echas menos, habló el aparecido, es el dinero; no te apures por tan poca cosa, porque pronto tendrás todo el que puedas conducir; pero antes quiero asegurarme si tienes miedo porque yo no doy nada á los cobardes.

—Soldado y cobarde, replicó el mozo son dos palabras que braman de verse juntas. Puedes sujetarme á la prueba.

—Pues bien, contestó el extranjero, mira en torno tuyo.

Volviéndose entonces el soldado distinguió un oso enorme que venia sobre él gruñendo fieramente, pero nuestro hombre muy sereno empezó á gritar:

—¡Ah, ah! adelante amigo; te voy á acariciar el hocico para que pierdas las ganas de gruñir, y apuntándole á la cabeza con su fusil, el oso cayó muerto al primer disparo.

—Veo que no te falta valor, dijo entonces el aparecido; pero aun tienes que llenar otras condiciones.

—Nada me detendrá; dijo el soldado, que empezaba á comprender algo de aquel negocio, con tal que mi alma no tenga que perder en el trato.

—Vas á juzgar por tí mismo. Me harás promesa formal de no lavarte, ni afeitarte, ni peinar los cabellos ni la barba, ni cortarte las uñas, ni rezar tus oraciones durante siete años. Voy á darte un vestido y una capa que llevarás puestos durante todo ese tiempo. Si en su transcurso murieses me pertenecerás: si vives mas de los siete años serás libre y rico para toda tu vida.

El pobre soldado piensa en la gran miseria á que se veria reducido y en que, quien tantas veces habia desafiado á la muerte, bien podia arriesgarse una vez mas. Así pues, aceptó el pacto en seguida. El diablo se quitó su traje verde y se le ofrece diciéndole:

—En tanto que tú lleves esta ropa, cuantas veces metas la mano en sus bolsillos sacarás un puñado de oro.

Después despojó al oso de su piel y añadió:

—Esta será tu capa y tu lecho, sin que te sea permitido usar otros. Por esta razon serás llamado *Piel de oso*.

Y con estas palabras el diablo desapareció de aquel lugar.

El soldado se pone aquel vestido, y metiendo la mano en una de las faltriqueras, se convenció de que el diablo no le habia engañado. En seguida se arrebuja con su piel de oso, y empezó á recorrer el mundo, dándose una gran vida sin privarse en lo más mínimo de todo aquello que hace engordar á las gentes y enflaquecer su bolsilo. El primer año nuestro hombre no habia sufrido gran transformacion; pero en el segundo tenia ya el aspecto de un monstruo. Sus cabellos le cubrian la faz casi del todo; tenia la barba enmarañada y sucia y su rostro tan cubierto de mugre y lodo que si se hubiera sembrado yerba en él, de seguro que habria nacido. Todo el mundo huia de tan espantable catadura; mas sin embargo como socorria á todos los pobres pidiéndoles que rogasen á Dios que alargase su vida por mas de siete años, y como hablaba en lo demás razonablemente, acababa siempre por hallar un asilo.

Al cuarto año de andar de esta manera entró en una posada, cuyo dueño no queria admitirle ni aun en la cuadra, por miedo de que espantase á las caballerías. Mas luego que Piel de oso sacó de su bolsillo un buen puñado de monedas, el posadero se ablandó y le proporcionó un cuarto retirado, bajo la condicion

de que nadie le viese, para no perder la reputacion del establecimiento.

Una noche que Piel de oso se hallaba en su escondrijo suspirando de todo corazon por el término de aquellos siete años, oyó llorar una persona en la habitacion inmediata. Como tenia muy buenos sentimientos, saliendo del suyo, abrió las puertas del otro cuarto, y vió un viejo que sollozaba sin consuelo, oprimiendo su cabeza con ambas manos. A pesar de tan honda afliccion, en cuanto vió entrar á Piel de oso el hombre se cubrió de espanto y trató de salvarse; mas al oír una voz humana se tranquilizó por el pronto, hasta que Piel de oso á fuerza de palabras amistosas acabó por calmarle hasta el punto de que se aviniera á referirle la causa de su pena.

Supo así, pues, que el infeliz habia perdido todos sus bienes, habiéndose reducido á tan extrema miseria, que no podia pagar al posadero, que trataba por esto de meterle en la cárcel.

—Si es esa toda vuestra cuita, le dijo Piel de oso, yo tengo dinero de sobra para sacaros de ella.

Y haciendo venir al dueño de la posada le pagó real sobre real toda la cuenta y encima regaló al infeliz anciano una fuerte suma para que saliese de sus apuros.

El desgraciado, socorrido por tan impensada suerte, no sabia como manifestar su gratitud.

—Venid conmigo, dijo por fin á Piel de oso; tengo tres hijas que son tres portentos de hermosura y escojereis por mujer la que mas os agrade. ¡Ah! y la elegida se dará por muy satisfecha en cuanto se entere de lo que acabais de hacer por mí. Teneis en verdad el aspecto un poco raro, pero una mujer os podrá transformar por completo bien pronto.

Piel de oso, ávido de afecciones dulces, no se hizo de rogar y acompañó al viejo; mas cuando la mayor de las hijas de este tuvo delante de sí tan espantable figura, se asustó de tal modo que huyó á todo correr lanzando gritos. La segunda le contempla á pié firme y le mide de arriba abajo, pero concluye por exclamar:

—¿Cómo he de aceptar un marido que no tiene presencia humana? Preferiria al oso afeitado que ví el otro dia en la feria, que estaba vestido como un hombre, con chaquetilla de húsar y guantes blancos. Al menos no era mas que feo; y á esto ya puede una acostumbrarse.

Entonces habló la mas jóven y dijo:

—Querido padre; este debe ser un hombre excelente, puesto que nos ha socorrido: preciso es que vuestra palabra quede en el lugar que la corresponde.

Desgraciadamente el rostro de Piel de oso estaba todo cubierto de bello y de tierra; sin esto hubiera podido verse brillar la alegría que dilatava su corazon cuando oyó tales palabras. Tomando entonces un anillo de sus dedos, le parte en dos y da una mitad á su prometida, recomendándola que la conservase con cuidado, en tanto que él guardaba la otra. En la parte que entregaba inscribió su propio nombre y el de la jóven doncella en el pedazo que para sí reservaba. Hecho lo cual, se despidió de ella, diciendo:

—Os abandono por tres años. Si vuelvo nos casaremos, pero si en todo ese tiempo no me presento á vos, es que habré muerto: y por lo tanto sereis libre. Rogad al Señor que me conserve la vida.

La pobre muchacha se vistió de luto, y las lágrimas se agolpaban á sus ojos siempre que pensaba en su esposo futuro, sus hermanas en tanto la mortificaban con chanzas impertinentes. La mayor solia decirle:

—Pon mucho cuidado cuando le des la mano no vaya á desollártela con su pata.

—Desconfía, hermana, añadía la segunda; los osos son golosazos en extremo: se mueren por la miel; si le gustas es posible que quiera tragarte.

—Y tendrás que hacer siempre su voluntad, porque de lo contrario te gruñirá que será un gozo.

—Pero en cambio el baile de boda será alegre porque los osos bailan con primor.

La pobre jóven dejaba hablar á sus hermanas estas y otras mil tonterías sin enojarse.

Entre tanto Piel de oso andaba errante por el mundo haciendo todo el bien que podía y dando espléndidamente su dinero á los pobres para que rogasen por él.

Al fin de la jornada, así que llegó el último día de los siete años, volvió á la llanura y se situó en el grupo de los árboles. Levántase de improviso un viento impetuoso, y no tarda en aparecer el diablo con un gesto de mil demonios. Arroja al soldado su viejo uniforme y le reclama su vestido verde: efectuado el cambio disponíase para partir, cuando le dijo Piel de oso:

—Un instante; ahora es preciso que me limpies.

El diablo vióse pues obligado á pesar suyo, á buscar agua para lavar á Piel de oso, á peinarle los cabellos y la barba y á cortarle las uñas. Nuestro hombre recobró con esto el aire marcial, quedando mejor mozo que antes de su primera transformación; y sobre todo sintióse aliviado de un peso enorme cuando vió partir al diablo sin que hiciera alguna de las suyas.

En seguida partió para una ciudad inmediata donde se compró un hermoso traje de terciopelo, y montando en un soberbio carruaje tirado por cuatro caballos blancos se hizo conducir á casa de su prometida.

¿Quién había allí de reconocerle en tan brillante estado? El padre le tomó por un elevado personaje y le hizo entrar en el aposento donde estaban sus hijas. Las dos mayores le hicieron sentar entre ellas y le regalaron con dulces y refrescos, declarando que no habían visto jamás un caballero tan gentil como el que tenían delante de sus ojos. En tanto su prometida hallábase sentada enfrente de él con su vestido negro, los ojos bajos y sin decir una palabra. El padre, que no sabía á qué atribuir semejante visita, le preguntó si quería casarse con alguna de sus hijas, oyendo lo cual las dos mayores, faltólas tiempo para correr á su tocador con ánimo de emperejilarse de lo lindo, imaginándose cada una de ellas que iba á ser la preferida.

Por fin quedóse solo el forastero con su prometida; y entonces tomando la mitad del anillo que tenía guardado en el bolsillo la dejó caer dentro de un vaso de vino que ofrece á la modesta jóven. Cuando esta hubo bebido y vió el fragmento dentro del vaso la palpitaba fuertemente el corazón, cogió sin embargo la otra mitad que tenía pendiente de su cuello, la confronta con la otra y ambas ajustaban exactamente.

Entonces él la dijo:

—Yo soy tu prometido; el mismo que viste bajo una piel de oso; mas ya, por la gracia de Dios, he recobrado mi figura humana y me encuentro purificado de mis manchas.

Y tomándola en sus brazos la estrecha tiernamente.

A esta sazón las dos hermanas volvían puestas de veinticinco alfileres, mas cuando vieron que el hermoso forastero era para su hermana y despues que se enteraron que era el mismo hombre de la piel de oso huyeron de allí llenas de cólera y

despecho: la primera se arrojó de cabeza en un pozo y la segunda se ahorcó de un árbol.

En medio de la noche oyóse llamar á la puerta y yendo á abrir el novio se encontró con el diablo vestido de verde, el cual le dijo:

—He perdido tu alma, pero he ganado otras dos en cambio.

DE LOS HERMANOS GRIMM.

LIBERTAD.

Quien no os ama está cautivo,
y ageno de libertad.

SANTA TERESA.

¡Oh, Dios! si tu caridad
insensato el hombre esquiva,
vive siervo, y es cautiva
del error su voluntad.
Solo la eterna verdad
de tu palabra, Señor,
nos redime, y al honor
de la libertad nos llama;
que solo es libre quien ama
la esclavitud de tu amor.

Antonio Garcia V. Queipo.

NOCIONES DE FISICA.

LA BRÚJULA.

En uno de nuestros números anteriores, procuramos hacer comprender en términos sencillos, la redondez de la tierra, que gira sobre sí misma, produciendo en 24 horas el día y la noche, y que egecuta además un movimiento de rotacion al rededor del sol tardando en ello 365 días, 5 horas, 48 minutos y 51 segundos, cuyo espacio de tiempo forma un año, durante el cual, se van sucediendo los cuatro periodos que llamamos estaciones. Para que pueda seros mas comprensible este doble movimiento de la tierra, figuraos el de una persona que baila un vals, girando sobre sí misma, al mismo tiempo que gira al rededor de la sala.

La luz y el calor como todo el mundo sabe, le recibimos del sol, que es un millon, cuatrocientas sesenta mil veces mas grande que nuestro globo. La luna, es cuarenta y nueve veces mas pequeña que la tierra, y tiene esta la virtud de producir el movimiento periódico de los mares conocido con los nombres de flujo y reflujo ó mareas.

Segun los modernos adelantos, la tierra se divide en dos grandes porciones ó *hemisferios*, de los cuales, puede decirse que si no han sido completamente explorados por el hombre de la civilizacion moderna, la ciencia los adivina y hasta los mide. Merced á ella los viajeros modernos, con menos ruido y aparato que los aereonautas de la fábula, han penetrado en regiones que los antiguos creían inhabitables. Este error nació de la falsa opinion que habían formado sobre las regiones del planeta que habitamos, que suponían ser en número de cinco y designaban con el nombre de zonas. A dos de ellas que están mas inmediatas á los polos llamados glaciales las juzgaban inhabitables por el exceso del frio que en ellas reina